

LA MARIPOSA.

PERIODICO SEMANAL DE LITERATURA Y VARIEDADES.

FUNDACION

DE LA
UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA.

Progreso de la enseñanza durante el asedio.

Es indudable que el Sitio de Montevideo ocupa una época importante en la historia de nuestro país; ya por su duración, ya por los hombres ilustres que en él han aparecido, ó ya por los acontecimientos extraordinarios que han tenido lugar.

Dejemos á los políticos y á los historiadores que narren sus acontecimientos; dejemos á los poetas que canten su heroísmo y su gloria; nosotros como pobres escritores literarios mas propiamente como estudiantes, tomaremos la parte que nos toca ocupándonos únicamente del impulso que ha recibido la enseñanza popular durante esa época distinguida.

No nos proponemos dar una estadística minuciosa ni una relación perfecta, del aumento y mejoras que han tenido lugar en los establecimientos de educación; porque ni podríamos hacerlo en un artículo tan pequeño ni tenemos datos suficientes para ello.

Nos limitaremos á dar una idea general de ese progreso.

Al principio del asedio apenas se contaban en Montevideo 6 ú 8 establecimientos de educación de niños, y 4 ó 5 de niñas sin incluir algunas pequeñas escuelas particulares de primeras letras compuestas de un número muy reducido de alumnos.

Al presente existen dentro de los muros de Montevideo, 14 ó 15 establecimientos de educación para niños y otros tantos de niñas.

El aumento en los ramos de enseñanza en los profesores y en los alumnos es también considerable.

Vemos pues duplicado el número de establecimientos, y aun triplicados en cuanto á los colegios de niñas; en el espacio de ocho años en que la falta de recursos, en que las atenciones de la defensa, y mil otras circunstancias azarosas, deberían hacer creer que en vez de progresar hubiese retrocedido el ramo de la enseñanza.

¿Cuál es la causa pues de ese rápido progreso?

No hay duda alguna que el interés con que ha mirado el Superior Gobierno la educación pública, ha influido no poco en este desarrollo sorprendente.

La creación é instalacion del Instituto de Instrucción Pública en 26 de setiembre de 1847, fué el primer paso que se dió en el progreso de este ramo tan importante.

Instalado este, se ocupa de reglamentar y regularizar la enseñanza, esijiendo á cada director de colegio su programa de estudios.

Esta medida ofrecía dos resultados: uniformar estos estudios bajo un plan mas perfecto y regular; y obligar á los preceptores por esa especie de compromiso á llenar con mas puntualidad sus tareas.

Los exámenes públicos que debe rendir cada colegio al fin del año son aprobados ó desaprobados por el Instituto, segun el informe de una comision nombrada de su seno. Este medio obliga á los preceptores á que se esmeren en el cumplimiento de sus obligaciones, y es al mismo tiempo un estímulo y una garantía para los estudiantes.

Pero la fundacion de la Universidad Ma-

por de la República en 18 de Julio de 1849, ha venido á ser el complemento (si así podemos decir) de todas las medidas anteriores.

¿Sería necesario hablar de toda la importancia, de toda la utilidad que reportaremos de esta institución? ¿Necesitaremos probar toda la influencia que ella tendrá en la mejora social de nuestro país?

La juventud oriental que se veía en la alternativa de tener que recibir sus grados en un país extranjero ó quedar sin ellos, hoy puede obtenerlos en su patria, y de mano de sus mismos compatriotas.

¿Y no será esto un estímulo inmenso para que ella se lance con ardor en la espinosa carrera de la ciencia?

Cuando se hallan á la cabeza de un pueblo hombres que promueven instituciones tan benéficas, y que tendiendo sus miradas al porvenir trabajan con tanto empeño para que él sea rico, grande y brillante, ese pueblo no debe dudar de la realización de todas sus esperanzas; ese pueblo debe confiar que no serán estériles todos sus sacrificios.

Nosotros perteneciendo á esa juventud que se consagra al estudio, no podemos menos de tributar nuestro homenaje de gratitud al Gobierno que así se ha ocupado en prepararnos la senda del saber y la ilustración; y en nombre de esa juventud nos atrevemos á asegurar que comprendiendo todo el mérito de esa protección, procurará responder á ella dignamente.

F. F.

YO TE PERDONO.

Del Peregrino la voluble estrella
Vertió en su ocaso repentina luz,
Y mas hermosa que la hermosa aurora
Al Peregrino te mostraste tú

En los delirios de su ardiente pecho
Lleno de fé te consagró su amor,
Y de una vida para amar formada
Tiró á tus plantas la temprana flor.

Temblando el alma de esperanza y dudas,
Pálido el rostro se postró á tus piés,
Y allí el volcan que le abrasaba el alma
Por sus alientos descubierta fue

— Mas tú, ¡la ingrata! como el bronco, fría,
Ni amor sentiste, ni piedad en tí,
Cuando á las piedras conmovier pudiera
El tierno amor que lo alentaba allí.

En vez de acento compasivo y blando
Rigor y ofensas recibí su amor;
Y con el soplo de glacial desprecio
Helar quisiste su abrazada voz.

Tú, la que ostenta bondadoso rostro;
La que habló siempre de virtud y Dios,
Tú no sentiste compasión siquiera
Por las angustias de su tierno amor!

Bondad que al rostro le prestára el arte;
Virtud mentida, religion falaz;
Dónde no hay llanto para el llanto ajeno
No hay virtud, no, ni religion jamás.

— Mas no es tu culpa si el aroma falta
De tu baldad en la brillante flor;
Y el Peregrino sin enojos dice:
" Cual te perdono, te perdona Dios,

" Hermosa estatua del Jardín humano;
" Obra perfecta del mejor cincel,
" Si una alma hubiese en tu cuerpo frío
" Fuera un ángel del soñado Eden.

" De tus desdenes el rigor olvido,
" Que amar no puede el que le falta amor;
" Y pues no quieras lo que no comprendes,
" Cual te perdono, te perdona Dios."

1.º de Setiembre de 1849.

AMBICION.

Argüir contra las pasiones y pretender desterrarlas sería un esfuerzo vano siendo ellas aeneas á la naturaleza humana.

Así como las velas de un buque pueden impulsarlo felizmente hácia el puerto donde se dirige, ó arrastrarlo al abismo sobre el que se mantiene, segun el cuidado y la vigilancia de los que le dirijen, así tambien las pasiones pueden conducir al hombre á hechos laudables ó á grandes crímenes segun

el dominio que ha ejercido sobre ellas por medio de su razon.

La ambicion, como todas las pasiones, es innata al corazon humano, pero poseemos la libertad de dirigirla; y si por un mal uso de ella la hacemos servir de estímulo al crimen, tenemos tambien la razon para conocerlo y para procurar que en vez de ello nos conduzca á la virtud.

Asi pues, la ambicion considerada como el vehemente deseo de poseer todo, aun aquello que está fuera de los límites mas ó menos estrechos que Dios ha señalado á cada hombre, y que para lograrlo no desprecia aun los medios mas ilícitos y perjudiciales, traza una senda que nos guía al vicio, y á veces en ella cada paso es un crimen.

Un pastor de Efeso, ambicionando un renombre, incendió al magnifico templo de Diana, pensando que, así como la memoria de este edificio sería inmortal, así tambien lo sería el nombre de su destructor. Cesar y otros muchos jenerales, ambicionando dominar todo el orbe, llevaban por todas partes la muerte y la destraccion.

Por el contrario, la ambicion que anima á un hombre, cuyo deseo primordial es contribuir á la felicidad de la patria y del mundo entero, y que pasa las horas de su vida ocupado en verlo realizar, esa ambicion traza una senda en la que cada paso es una virtud que conduce al templo de la inmortalidad.

Tal fué la ambicion que impulsó á Sócrates á moralizar á sus conciudadanos, instruyéndolos con sus preceptos; esa fué la ambicion que animaba á Washington cuando prefirió morir antes que conservar la vida para presenciar á sus conciudadanos oprimidos bajo el peso de la esclavitud.

Esta noble ambicion de ilustrar es la que alimenta al jésto; ella es quien le dá impul-

so y le anima en su atrevida marcha; faltándole este impluso cae; no pudiendo permanecer en quietud, muere.

Si arde pues en nuestros corazones este fuego divino, no tratemos de extinguirlo, sino de procrear que sea el móvil que nos conduzca á contribuir á la felicidad humana; y en premio de tanta abnegacion, en premio de tantos sacrificios tendremos la sancion de la posteridad, y un nombre que ella recuerde con aprecio.

P.

ORIJEN DE LOS AMERICANOS.

(Continuacion.)

Con efecto, los mismos autores han insistido en afirmar que Méjico fué igualmente conquistado por los mogoles, los cuales despues de haber abandonado sus primeras habitaciones en el sexto siglo ocuparon el suelo mejicano en el trece, por medio de sucesivas emigraciones y la traslacion de primitivas tribus. Sacan las pruebas de estas emigraciones de las tradiciones de los mejicanos y de sus escritos simbólicos, tales como los ha publicado Puchas, que pasa jeneralmente por haber trazado un bosquejo fiel de las correrías que precedieron á su establecimiento definitivo, y de su gobierno hasta la llegada de los conquistadores españoles.

Las pruebas que presenta M. Ranking de la conquista de Bogatá, Natchez, etc., consisten solo en la semejanza de costumbres entre las tribus de los naturales y las poblaciones del Asia oriental, y en las circunstancias de haberse encontrado huesos de elefantes, que es el objeto del tratado jeológico del autor. Si ahora añadimos que además de estas noticias acerca de las antiguas emigraciones de Asia á América, punto principal que trata M. Ranking, su obra contiene los anales de los incas del Perú y los de los emperadores de Méjico, hasta la ruina de estos dos célebres imperios, será fácil formar una idea exacta de las investigaciones históricas, que no han dejado de tener impugnadores

Asegúrase también, que en un campo, de las inmediaciones de Montevideo, descubrió un labrador una especie de piedra sepulcral con caracteres medios borrados por el tiempo, la cual cubría un hoyo á manera de sepulcro hecho de ladrillos, en que se encontraron dos espadas, un casco y una rodela. Llevado todo á Montevideo, se pudo describir con poca dificultad las palabras siguientes en caracteres griegos: "En el reinado de Alejandro, hijo de Filipo, rey de Macedonia, en la Olimpiada 63, Tolemaida." Fué imposible leer el resto. En el puño de una de las espadas estaba en bajo relieve el perfil de una cara, que algunos quisieron suponer ser la del mismo Alejandro, y en el caso llevaba adornos de un gusto exquisito, que representan á Héctor arrastrado por Aquiles alrededor de los muros de Troya. Creemos que los sabios harán muy bien en no devanarse los sesos en conjeturas, hasta adquirir la noticia positiva y auténtica de allargo, porque se acordarán de las disonancias acaforadas sobre el niño que nació en Alemania con un diente de oro, y que apurada la materia se supo al fin que el hecho sobre que se habían establecido tantos sistemas era un cuento.

En la América meridional no se conocía la escritura, pero sí los tipos, en los cuales guardaban los historiales del imperio de los incas. Eran unos hitos de varios colores y diversidad de sudor.

No se conocía la moneda.

No se conocían los caballos, vacas, carneros, burros ni perros.

El castillo y fortaleza de Cuzco, maravilla de arte, tenía mas de 400 varas de largo, de enormes piedras, cuyos moles de 60, 80 y 90 pies en cuadro estaban tan unidas y ajustadas que parecían todas de una masa. Fué obra de Pachacutec, emperador IX del Perú, que gastó medio siglo en su construcción. En dicha fortaleza había tres grandes torreones, de los cuales el de en medio tenía el nombre de "Mayoc-Maca;" fortaleza redonda. Aquí se aposentaban los emperadores cuando visitaban este sitio. Cada uno de estos tres torreones tenía un sótano grandísimo, donde se depositaban y aun

existían ocultos grandes tesoros de oro y plata en ídolos, estatuas de los incas, vasos sagrados y vasijas de palacio, que al tiempo de la conquista no hubo ocasión de investigar, según Felipe de Pombo y el señor Pinelo, que aseguran vió muchos. Después doña María Esquivel, mujer del último príncipe de la estirpe de los incas don Carlos Inga.

En el valle de Yucay hay un asilo que llaman "Tambo," donde existió una fortaleza de piedra insuperable, y según don Diego de Aralés, don Antonio Ulloa, Zurate, Fr. Gregorio García, Pedro de Cieza, Herrera y el señor Pinelo, era construida por otros hombres anteriores á los indios.

En el pueblo de Cacha hay ruinas de un diforme edificio así como en la cumbre mas eminenta de la cordillera de los Chirigones confinantes con los "Charcas, Chicas y Misque" hay un sitio formado á mano cuya subida es por la parte oriental y occidental. En la cúspide hay un palacio de piedra de sillera que los indios llamaban Stao. Es obra que excede al arte en curiosidad y grandeza, presenta mas de 200 aposentos entre salas y patios, tan grandes y espaciosos como los mejores de Europa. Desde las puertas de este edificio se descubren al Oriente los llanos y provincia de Santa Cruz de la Sierra, al Occidente la de los Charcas y parte de los Chicas, por donde se entra en la del Tucuman.

La laguna de Chucuito bato el muro de las ruinas de Tin-Huanaco: son las mas numerosas, famosas y antiguas de la América meridional.

Cercas de la villa de Cañete, á 15 leguas de Lima en la costa del Sur, se ven aun las ruinas de una gran fortaleza que dominaba la marina; era de piedra. En 1395 el virrey del Peru, marqués de Cañete, hizo repararla; hoy yace por el suelo, y su grande escalera de piedra bajo de la montaña al mar.

En la provincia de Quito se ven las ruinas de Atun-Cañas y Poma-Litoca: el Cello era el monumento mas suntuoso, al Norte de la Tacunga.

Aunque en todas las provincias del imperio del

Perú había templos del sol adornados con incomparable magnificencia, ninguno era tan rico y suntuoso como el de Cuzco, cuyas paredes, suelos, puertas y techos estaban forrados de planchas de oro en el interior: adorábase el sol, la luna, la estrella de Venus, el relámpago, trueno, rayo, arco iris, y había un jardín con árboles, flores, plantas, yerbas, caracoles, pájaros y otros animales, todo de oro y plata, y rimeros de leña contrabechos y frutas de oro y plata: todos los habitantes habían aglomerado con profusion sus riquezas en obsequio del sol y de los incas sus hijos.

Las cuatro paredes estaban revestidas de planchas de oro, cuyo metal brillaba tambien en las junturas de las piedras, y además había otra placa ó faja de oro de una vara de ancho, que rodeaba el templo por lo alto de la pared, y aun señalaba de la galería que le daba vuelta. Las puertas, de las que la principal daba al Norte, estaban revestidas de planchas de oro. En el testero del templo, que daba al Oriente, se veía la imagen del sol representada por un globo macizo de oro con rayos y flamas del mismo metal incrustadas de pedrería. Al rededor de la galería del templo había capillas ó pabellones cuadrados con cúpulas piramidales. El primero y mas inmediato al templo estaba consagrado á la luna como esposa del sol, para que ámbos con sus colores y brillantéz imitasen los caracteres de los astros que representaban. Había además capillas destinadas al lucero de la mañana, á las constelaciones y estrellas que se reputaban como criados del sol, y hasta para el relámpago y trueno, que eran sus ministros: pero entre todas estas capillas de segundo orden, ninguna era tan vistosa como la consagrada al arco iris, que, como procedente del sol, estaba tambien en gran veneración.

Además de los adornos de oro de la capilla, se veían la imagen del arco luminoso de pared á pared con los vivos esmaltes de sus colores copiados de natural. Las habitaciones del gran sacerdote, de los sacerdotes y de las vírgenes del templo participaban de esta opulencia extraordinaria, presentado

tal vez el mayor conjunto de riqueza que se ha conocido en el universo. El sacrificio se hacía con animales domésticos, legumbres y frutos, porque las divinidades y las leyes del imperio excluían las víctimas humanas. El gran sacerdote presentaba á los rayos del sol un vaso cóncavo metálico de extrao. dinario pulimento, los rayos solares se concentraban en el fondo de este vaso en un foco, donde puesto un poco de algodón se encendía al momento. Con este fuego se quemaba el corazón y la sangre de la víctima, y luego se conservaba todo el año con el mayor esmero por las vírgenes del templo, que hubieran espiedo cruelmente el dejarle apagar.

Los cuerpos de los reyes estaban dispuestos por orden de antigüedad en dos filas al lado de la imagen del sol, y tan perfectamente embalsamados que parecía que estaban vivos.

En Titicaca, isla de la laguna de Chucuito, había otro templo consagrado al sol, tan rico como el del Cuzco. Es tradición que á lo profundo de esta laguna tiraron los indios todas las riquezas del templo porque los españoles conquistadores no las tomaron, y muy particularmente la gran cadena de oro de 238 varas de largo, dentro de cuyo círculo podían bailar 6,000 hombres, mandada construir por Manco Capac para que diese vuelta á toda la plaza de Cuzco, joya que los españoles apatecían como la maravilla del mundo en este género, como el mejor trofeo de su conquista.

En Coata, otra isla, había otro templo de la luna, mandado fabricar por Tupa-Yapangu, emperador XI del Perú.

En el templo de Pacha Camac, cuatro leguas al Sur de Lima, junto los Amentas y Moanes (según llamaban los del Perú á sus filósofos y sacerdotes) había un templo dedicado al Dios trino y uno, sin figura alguna. De sus despojos recojieron los españoles 27 cargas de oro á dos y media arrobas cada una, y 2000 marcos de plata; pues 400 cargas de ambos metales, en que consistía su principal riqueza, las ocultaron los indios antes de la entrada de los conquistadores en el grande arsenal de dos leguas que divide los valles de Lima y Lurin según tradición de Herrera.

[Continuará.]

MARIA.

CAPRICHOS.

Era María hermosa como las creaciones de un poeta; blanca como el alabastro, con ojos negros y vivos, con cabello de ébano, en fin con un rostro de ángel, y un carácter también de ángel.

Yo la adoraba y sin embargo nunca me atreví á confesárselo y apenas llegué á poseer su amistad.

Y la ví unirse con mi mejor amigo, contentiendo mi dolor en el fondo de mi corazón. ¿Pero qué había de hacer? Fue preciso arrostrar este sacrificio. . . . y tuve bastante valor para ello.

Tomé el partido de viajar; y un día pesando por la ciudad que habitaba con su esposo, logré la proporción de volverla á ver.

La encontré sola con dos niños hijos suyos, lindos e interesantes como ella.

Era siempre la misma María; hermosa como los ángeles de Dios; pero un tinte melancólico brillaba en sus facciones.

Después de los primeros cumplimientos y de consagrar algunos instantes á nuestros recuerdos, me aventuré á decirle:

—¿Eres feliz?

Su silencio y algunas lágrimas que asomaron á sus ojos á su pesar, me hicieron conocer todo lo que pasaba.

—¿Con qué no eres feliz? exclamé enternecido, y yo. . . .

Aquí me detuve temiendo cometer una imprudencia.

—Habla, Enrique, me dijo con su acento celestial, estamos solos.

—Pues bien, le dije, si así lo quieres todo te lo diré. Yo te adoraba, María, yo hubiera cifrado toda mi dicha en hacerte feliz, en buscarte cuantos gozos pueden hallarse en la tierra; yo no hubiera vivido sino para tí, pero jamás me atreví á confesártelo.

—¿Tú? exclamó sorprendida. ¿Y me lo has

ocultado hasta ahora? á mí que era tu mejor amigo, á mí que tanto. . . .

Y se detuvo acaso arrepentida de las palabras que había proferido:

Pero yo comprendí lo que iba á decirme.

Entonces me arrojé á sus pies y tomándole una mano exclamé entusiasmado:

—¿Con qué tú también me amabas, mi María? tú me amabas, amor mio? y diciendo estas palabras ambos vertíamos lágrimas abundantes.

En este instante se oyeron los pasos de su esposo y apenas tuvimos tiempo de serenarnos y de volver á colocarnos como estábamos al principio, cuando entró.

Yo salí desesperado con esta revelación.

Han pasado muchos años y no he vuelto á saber mas de María. ¿Será todavía desgraciada?

Yo por mi parte cada día la adoro mas.

1848.

F. FERRERIA.

Aparece en nuestras columnas una poesía inédita del Sr. D. José Mármol tomada de sus—"Armonías."

Poseemos dos ó tres mas no publicadas aun con que ese señor ha querido favorecernos.

No dudamos que el público las aceptará con gusto. En cuanto á nosotros aceptamos con gratitud esas flores arrancadas de su hermosa guirnalda poética que engalanaarán nuestro periódico, y la *Mariposa* libando su cáliz perfumado cobrará nuevas fuerzas para proseguir en su carrera.

Nos abstendremos de decir una palabra mas sobre ellas, pues el nombre de su autor es la mejor garantía de su mérito. F.

UN PASEO Á TIVOLI.

El camino de Roma á Tivoli es pintoresco hasta lo sumo. Al salir fuera de las mu-

rallas de Roma, se encuentra ya la basilica de San Lorenzo, pequeña pero llena de maravillas, columnas romanas, bajo relieves mitológicos, preciosos mármoles, mosaicos, pinturas, todas las artes, todos los estilos y todos los siglos se confunden ó mas bien forman una unidad exquisita, que parece obra de la casualidad y que sin duda se debe á un gusto superior al de las mismas reglas. Al mismo tiempo se despliegan á la vista esas campiñas admirables cuyas vastas y severas ondulaciones sorprenden ordinariamente á todos aquellos que no gustan sino de las verdes alfombras de los campos; vense muy pocos árboles las vigorosas tintas de la tierra reflejan los ardores del Cielo, y por todas partes se descubren inmensos horizontes, una luz que deslumbra y un silencio nunca interrumpido. Hermosos lagartos tornasolados se alejan á paso lento al ver al hombre, y de distancia en distancia se suelen encontrar algunas cuadrillas de segadores ó de peregrinos estenuados de cansancio y de miseria. Por la izquierda se ven sucesivamente el lago del Tártaro y el del Solfatará; dos veces se atraviesa el antiguo Anio, la segunda por el puente Lucano.

Mas lejos se descubren las ruinas de Adriana, donde el mayor artista de los Emperadores Romanos reunió á todo cuanto le había sorprendido en sus viajes; un dia entero no bastaría para estudiar esas ruinas imperiales; templo de los estóicos, teatro griego, cuarteles, habitaciones sacerdotales, palacios, cada uno de esos restos imponentes es una lección, un descubrimiento, una nueva página de historia.

Hecha esta parada en la antigüedad se principian á subir unas cuestas cubiertas de olivos y bien luego se llega á Tivoli. A la estremidad opuesta de la aldea se levanta en la escarpada cima de una roca, el pequeño edificio tan célebre bajo el nombre de templo

de la Sibila, aunque en realidad es un templo de Vesta; á la izquierda se vé un monumento cuadrado que probablemente estaría consagrado á la Sibila; á la bajada se encuentra el antiguo abismo donde el Anieno había socabado las grutas de las Sirenas y de Neptuno, hoy secas y medio destruidas, y después á través de un florido jardín, se vé el nuevo canal en donde cae estrepitosamente toda la corriente del rio, formando la cascada mayor, que se halla separada por una profundidad considerable del templo de Vesta, que se halla en frente y la domina. Un camino sombrío conduce al otro lado del valle regado por las aguas cubiertas de espuma aun por la caída, en frente de las alturas de Tivoli desde donde la vista descubre la cascada y el templo hasta las ruinas del palacio de Mecenas.

Cinco son las cascadas formadas de arroyuelos sacados del Anieno antes de su caída para poner en movimiento diferentes fabricas de Tivoli; que se estienden como cintas de plata sobre las verdes colinas de la montaña; una de las tres mas pequeñas baja por en medio de las ruinas del palacio de Mecenas, cayendo de una altura de mas de cien pies.

La principal de las ruinas del palacio es una masa cuadrada adornada de columnas dóricas y de arcos que forman la entrada de un pórtico; frente por frente se vé una humilde casa donde se cree vivió Horacio.

Los grandes recuerdos del siglo de César y de Augusto prestan un encanto indecible á ese paisaje, uno de los mas hermosos de la tierra.

VARIETADES.

PRIMERA IMPRESION DE GRANADA.

Dejadme que embebido y estático respire las curas de este ameno y espléndido paisaje.

Dejadme que perdido bajo su sombra jire;
 Dejadme entre los brazos del Dauro y del Janit.
 Dejadme en esta alfombra embillada de verdura
 Cercado de este ambiente de aromas y frescura,
 Al borde de estas fuentes de tazas de marfil.
 Dejadme en este alcázar, labrado con encajes,
 Debajo de este Cielo de limpidos celajes,
 Encima de estas torres ganadas á Boabdil.

Dejadme de Granada en medio el paraíso,
 Dó el alma siento henchida de poesía y:
 Dejadme hasta que llegue mi término preciso
 Y un canto digno de ella le entonaré quizá.
 Si, quiero en esta tierra mi lápida mortuoria,
 Granada! tu el santuario de la española
 (Gloria. . .

Tu sierra es blanca tienda que pabellon te dá,
 Tus muros son el cerco de un gran jarron de flores.
 Tu vega un chal morisco bordado de colores,
 Tus torres son palmeras en que prendido está.

¡Salve, oh ciudad, en donde el alba nace
 Y donde el Sol poniente se reclina;
 Donde la niebla en perlas se deshace
 Y las perlas en plato cristalina;
 Donde la gloria entre laureles yace
 Y cuya inmensa antorcha te ilumina;
 Santuario del honor, de la fé escudo,
 Sacrosanta ciudad, yo te saludo!

J. ZORRILLA:

La razon es una antorcha, pero una antorcha inmensa; así, cuando pasamos á su lado cerramos los ojos por miedo de quemarnos.
 Goethe.

He conocido hombres dotados de buenas cualidades, muy útiles para los demás, y sin utilidad para sí mismo; semejantes á un reloj de sol en la fachada de una casa, que indica las horas á los vecinos y á los transeuntes, pero no al propietario.

Experiencia hecha con el té, café y chocolate.

Tres malhechores, condenados en Inglaterra al último suplicio, obtuvieron una conmutacion de pena, reduciéndose la que se les imponía, si por ella optaban, á prision perpétua, y á no tomar mas alimento que te el uno, café el otro y chocolate el tercero.

Los tres aceptaron con gratitud la conmutacion y eligieron. El que prefirió el chocolate murió á los ocho meses: á los dos años el del café; y á los tres años el del té. El del chocolate espiró en una completa decomposicion, roido de gusanos, que aun en vida le habían ido consumiendo poco á poco, en términos de caerle brazos y piernas: El del café quedó sumamente desfigurado despues de morir; se hubiera dicho que el fuego del Cielo hubiera devorado sus entrañas, y calcinado su cuerpo de pies á cabeza. El del té había enflaquecido tanto, que estaba casi diáfano.

Hallándose comiendo un padre maestro francisco y un lego en casa de un intendente, pusieron á la mesa un plato de rica salsa, y el lego que no conocía los cumplimientos, empezó á mojar al instante pedazos de pan: el padre maestro, aborchonado, quiso corregir una accion tan grosera disimuladamente, y trató de pisarle para dárselo á entender; mas por desgracia dirigió tan mal su pié, que en lugar de pisar al lego pisó al intendente en un callo; y éste no pudiendo sufrir ni disimular el dolor: Cuidado padre, le dijo con viveza; que no soy yo el que moja.

ADVERTENCIA.

Se reciben suscripciones y se venden números sueltos de la MARIPOSA en la redaccion calle de Sarandí número 71. Á la misma casa pueden dirigirse los comunicados.

IMPRESA URUGUAYANA.